



Dib. AREUGER.—Madrid.

—¡¡Mira, Cele, cómo vienen nuestros muebles!! ¡¡Qué horror!!
—¡Qué bárbaros! ¿Cómo no se les habrá ocurrido el meterse en cualquier parte mientras pasaba el chubasco?

Ayuntamiento de Madrid



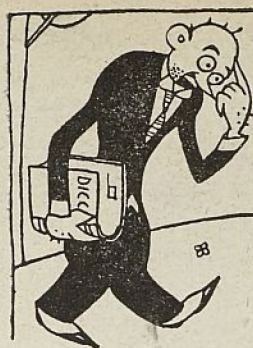
CREMA

LIDA

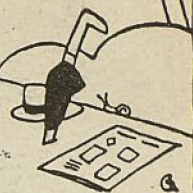
RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

1.—Un invento.

De Curia

VUELTA

Hembra de rumiante

2.—Charada.

—Basta de *segunda cuarta* y vete a *prima cuarta segunda prima*.

—¿Es de su familia?

—No, pero como si lo fuera, pues le tengo mucho *prima dos tres* por lo todo que es.

3.—La loca fortuna.

H	Agarrado	H
U		N
BEBIDA	S	METAL

4.—Charada.

—¿Una *segunda prima cuarta prima* *tercia cuarta prima cuarta* día del año? Eso no *prima segunda* en *prima segunda* *tercia* de nadie.

—Pues en la mía sí.

—Porque tú, además de *prima segunda* *tercia* deberías tener todo.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

JABON
DE ALMENDRAS

OROCREMA

ES PERFUMES DE TASARA
BARCELONA

NO OLVIDA AUN SU FRUSTRACION
REJUVENECE LA PIEL NO CONTIENE AUSTROS
LO RECOMIENDAN EMINENTES FACULTATIVOS

5.—Charada.

—¿Dónde vas?

—De *cuarta tres prima*, a una casa donde, en verdad me *prima quinta* *tercia*.

—Buen *tercia prima* estás. Con razón dice *prima segunda* que te encuentra muy *prima cuarta quinta* y con mal color.

—Hombre, el color no es malo del todo.

6.—Que se puede esperar de los moros.

P	R
	R
I	I

7.—Charada.

—Qué *cuarta cuarta prima cuarta* tienes hoy.

—Debe ser efecto de *segunda terciada* *segunda*, que pone a *segunda prima* *cuarta* un color de todo.

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de Julio.



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

ES MEJOR QUE EL TE, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELES, FONDAS, CAFÉS Y BARES — De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Boleíta, 0,10 ptas. DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5.ª calle de San Juan de Letrán, 63.

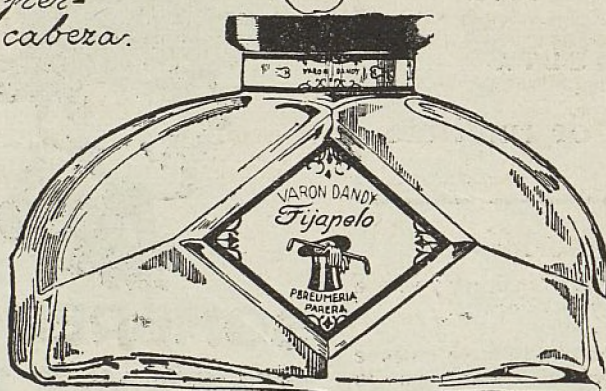
Una taza en ayunas evita los purgantes y las bilis. Tomada después de las comidas facilita la digestión.



*¡Todos! hacen extensible logro
del **FIJAPELO Varon Dandy**.
Creacion la más perfecta y de
buen tono para el fijado per-
manente que embellece la cabeza.*

PERFUMERIA
PARERA

Badalona



BALL
VAL

LOS
FAMOSOS

POLVOS
INSECTICIDAS

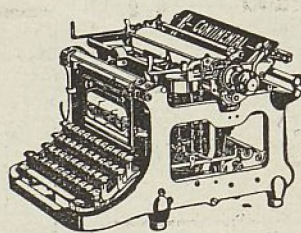
DE

LEYER Y COMPAÑIA

SON

INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS

La máquina de escribir **CONTINENTAL**
es la predilecta



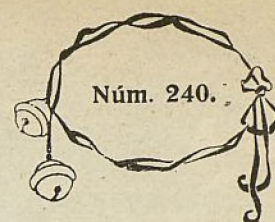
Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA, Claris, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir **CONTINENTAL**, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :-: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



UN PROCEDIMIENTO ORIGINAL



—Conozco el caso perfectamente. Yo también encontré una tarde, sobre la mesa de mi despacho, una tarjeta que decía: «Tertuliano Miráculos. Adivinador. Pérez, 25». Aquel señor, según me dijo mi criado, había mostrado con palabras y con gestos la contrariedad que le produjo no hallarme en casa.

Confieso que me intrigó profundamente la visita. Por unos instantes me creí protagonista de una novela folletinesca o de un drama de gran tramoya y, movido por la curiosidad más que por el deseo de complacer el desconocido visitante, decidí ir en su busca.

La casa indicada en la tarjeta era un edificio de dos plantas, de fachada renegrida y de aspecto inquietante en extremo; una de esas casas que parecen inhabitadas y que nos hacen pensar que en ellas se ha cometido algún crimen no descubierto aún.

Me abrió la puerta del piso una señora gruesa y vestida de luto que contestó a mi saludo con un suspiro doloroso y que, sin pronunciar palabra, me condujo hasta un gabinete en el que reinaba la misma suciedad y lóbreguez que en el resto de la casa.

—Deseo ver a don Tertuliano Miráculos.

Ella me miró fijamente, con asombro, y contestó a mis palabras con una pregunta incompleta:

—¡Ah! ¿Pero usted no sabe?...

—Yo no sé nada, señora...

—¡Murió hace tres meses!—dijo impregnando las palabras de lágrimas y de suspiros.

—No es posible, señora, don Tertuliano estuvo ayer tarde en mi casa.

Repentinamente cesó el llanto y comenzó el más grande asombro que yo he conocido:

—¿Que estuvo en su casa? ¡Ah! Luego, sí, no cabe duda, usted es el elegido... No, no se marche, no crea que estoy

loca. Déjeme que le explique todo. Verá usted: mi esposo, unos días antes de morir, adivinó el futuro. ¡El pobre!... Marcó la fecha en que yo había de perderle para siempre y me dijo que en el otro mundo le aguardaba una misión que cumplir, una gran misión: la de anunciar la muerte a otro mortal... ¿Me comprende? ¡Y ese mortal es usted! Mi esposo no se equivocó nunca, era un adivinador maravilloso...

Yo incliné la cabeza, no en señal de asentimiento, sino en visible demostración de que la terrible profecía destrozaba toda mi fortaleza.

Dos días después, un desconocido penetró en mi despacho. Comprendí inmediatamente que aquel personaje no podía ser otro que el espíritu de Miráculos, tal era la expresión de su cara amarilla y exhangüe y el brillo de

sus ojos, resguardados tras de unas gafas de color violeta.

—Usted perdone que le moleste, dijo mientras se inclinaba con una reverencia grotesca. Vine el otro día y no tuve la suerte de encontrarle. ¿Le entregaron la tarjeta que dejé?

—Sí, me la entregaron. Usted dirá lo que quiere...

—Muy poco, señor. Créame que siento en el alma causarle este trastorno y que mi gratitud será eterna.

—¡Basta! No tenga usted lástima de mí y diga lo que sea. Estoy ya preparado, dije haciéndome fuerte.

—Yo, señor, no le molestaría si no se tratara de un caso de absoluta necesidad. Yo he sido siempre incapaz de pedir un céntimo. Pero ahora... Necesito cinco duros, señor, cinco duros que me librarán de la muerte.

Salté de la silla con alegría loca, sin comprender gran cosa de todo aquello, pero dándome cuenta de que aquel hombre no venía a anunciarme mi defunción.

—¿Pero usted no es don Tertuliano Miráculos?

—No, señor.

Y luego, tras de darse una palmada en la frente, añadió:

—Seguramente es que confundí las tarjetas y, en vez de dejar una mía, dejé la de mi pobre amigo, que en paz descanse. Usted perdone la confusión.

Le dí los cinco duros y se los dí encantado, como si con ello el que recibiera el favor fuese yo. Más tarde, reflexionando sobre lo acaecido, comprendí todo, me dí cuenta del timo de que había sido víctima.

—Yo también me dí cuenta algún tiempo más tarde. Pero a mí me costó cincuenta pesetas, en vez de veinticinco, y una enfermedad de tres meses, una enfermedad motivada por el terror. He denunciado el hecho a la policía.

—Y yo.



Dib. SILENO.—Madrid.

José PARADA

ESTAMPA CLÁSICA

UN AZAR QUE VEDESCO

Hundiéndose en lodazales
y despreciando la lluvia,
que las calles de la villa
convierte en anchas lagunas,
tropezando a cada paso
y marchando casi a oscuras,
por la Plaza de Herradores
con recelo un hombre cruza.

Embozado hasta los ojos
con el frío cierzo lucha
para que el viento atrevido
el rostro no le descubra.

Ancho sombrero de fieltro,
con negras y largas plumas,
sobre la frente caído
casi su semblante oculta.

Parece que al caballero
algo la vista le nubla
y acaso por aclararla
enormes anteojos usa;
y algo hay también que le impide
caminar con más soltura,
pues son sus pies tan deformes
que su marcha dificultan.

Como sus piernas flaquean
y sus ojos no le ayudan,
huyendo de un barrizal
en otros cien se sepulta,
y al verse así sorprendido
por sacudidas tan bruscas
furioso frunce las cejas
y de este modo murmura:

—Paréceme que esta noche
hace el diablo de las suyas...
¡Como voy a malos pasos
no es extraño que me hunda!...
Lo cierto es que doña Clara
paréceme un tanto turbia;
y la cita que otorgóme
para hacerme una consulta,
aunque es de Clara, no es clara,
más bien *brilla* por lo oscura;
pero no es cosa de hacer
melindres a estas alturas,
pues la vendimia acabó
y hay que andar a la rebusca...
Y no es chocante, a fe mía,
que en los charcos me zambulla,
pues sin mojarse las bragas
no pueden cogerse truchas...

Al llegar junto a Santiago
paróse ante una casucha

mísera, de feo aspecto,
y destartada y sucia.
A interrumpir vino entonces
su meditación y dudas
una tosecilla seca
y una voz un tanto hombruna.

—¡Don Francisco, Dios os guarde!—
dijo una dueña huesuda
con una nariz de a cuarta
que con la barba se junta.

—¿Y qué hace aquí el mal engendro
de Satanás..., la muy bruja,
que no está en el *Aquelarre*
como estarán otras muchas?...

—Malo sois, señor Quevedo...
¿Aun de tal modo me insulta,
cuando estoy por causa vuestra
más fresca que una lechuga?...

—Abre pronto, que no quiero
que contigo me confundan,
pues si a tu lado me ven
lo mismo que a ti me empluman...
¿Qué haces? ¡Me te, con mil diablos,
la llave en la cerradura
y deja franca la puerta
para que vaya en su busca!...

—Adviértoos, señor Quevedo,
que doña Clara se ocupa
en cosas que para ella
tienen importancia suma...
Subid, pues, mas no hagáis ruido.
Dejad que arriba os conduzca,
que arriba estaréis mejor
y entraréis cuando concluya.

II

Aguardando en la antesala
estuvo media hora justa
atusándose el bigote
y mordiendo las uñas.

«Paréceme—se decía—
que es la trama un tanto burda
y que ésta es de la *sonsaca*,
según las trazas me anuncian...
¡No creo que esta conquista
añada gloria ninguna
a las pocas por mí hechas
con damas de escasa alcurnia!...»

En esto abrióse la puerta
y, radiante de hermosura,
apareció doña Clara
vestida con leve túnica.

—Don Francisco, perdonadme—

dijo con gracia y dulzura—;
pero hablaba con mi tío,
gran señor de egregia cuna
que con sus visitas me honra
y con su bolso me ayuda...

—Yo que a primeras venía,
gracias que llegué a segundas—
repuso airado don Paco—.
¡Y no me place esta burla!
¡Pero, si hay gato encerrado,
vamos a ver qué pronto bufa!... —
Y atropellando a la sílfide
que le escuchaba confusa,
de la afilada tizona
oprimió la empuñadura.

—¡Pues bien!—exclamó la dama—.
Aunque mi decoro injuria,
pasad... Sólo hay un retrato...
Luego me diréis si os gusta...—
Y, un cortinón descorriendo,
apareció la figura
del rey don Felipe IV,
gran amigo de las musas...
—¿Vuesiro tío, doña Clara?
Perdonadme la pregunta,
pues tiene gran parecido
con otra persona augusta.
Mi parabién os expreso
por su estirpe linajuda
y también por el artista
que, con tal verdad dibuja,
¡que el retrato no está hablando
sólo porque disimula!...
Y dad gracias a que soy
más callado que una tumba,
porque, si en el *Mentidero*
el suceso se divulga,
puede ser que a una alta dama
venir aquí se le ocurra
para ver el lindo cuadro
que ocultáis con tanta astucia.
Os creía turbia, Clara,
y sois clara cual ninguna...
¡Y ahora dejadme que salga
y renuncie a mi aventura,
y dado lo que aquí he visto,
permitidme que me cubra,
aunque por merced del rey
ha rato, en esta zahurda,
soy caballero cubierto
de las cejas a la nuca!...

UN CHISMOSO

LA CERRADURA

TERRIBLE CUENTO NORTEAMERICANO
QUE NO DEBE LEERSE DE NOCHE

Los ladrones, que eran dos, entraron en la casa muy sigilosamente y, como de costumbre, tiraron al suelo una estatua nada más entrar.

—¡Torpel!—le dijo el uno al otro.

—¡Que te lleve el diablo!—le repuso el otro al uno.

Como se verá, hasta aquí todo ocurría normalmente; esta escena se repite siempre que unos ladrones entran en un domicilio particular.

Pero lo que ya no resulta normal es que el ladrón que había tirado la figura, y que se llamaba Crasway, se echase a llorar amargamente ante los trozos de escayola de la estatua, la cual representaba una anciana del estado de Arrizona.

—¿Por qué lloras, carne de presidio?—preguntó el otro ladrón, utilizando un giro muy frecuente en los bajos fondos de Filadelfia.

—¿Por qué he de llorar? ¿No la ves la cara?

El compañero acercó a la cabeza de la estatua, que estaba completa, su emocionante linterna sorda.

—Sí, le veo la cara; ¿y qué?

—¡Y qué, y qué!... ¿No comprendes que se parece a mi madre?

—Pero ¿tú conociste a tu madre? Siempre me has dicho que murió al nacer tú y que no conservas ningún retrato suyo.

—Así es, Mildow, así es...

—Entonces, ¿por qué dices que la cara de la estatua se parece a la de tu madre, grillo de California? (1).

—Por que estoy muy enfermo de los nervios—repuso Crasway.

—¡Ah!—dijo Mildow, como el que encuentra la solución de un intrincado problema.

Hecho lo cual, Mildow y Crasway se dirigieron hacia la caja de caudales.

La caja de caudales estaba empotrada en el muro y tapada con un retrato del presidente Wilson. Mildow, que era el más hábil, la inspeccionó a la luz de su linterna y murmuró con rabia:

—¡Infiernos! La cerradura es marca «Thews». ¡No podremos abrirla!

—Intentémoslo—aconsejó Crasway.

Y ambos comenzaron la minuciosa labor de recorrer los cuatro pestillos de acero galvanizado.

Pasaron dos horas; en un reloj lejano dieron las cuatro de la mañana y ambos malhechores no habían adelan-

tado más que al empezar la labor. Mildow chorreaba sudor y Crasway tenía los dedos completamente despellejados.

A las cuatro y cinco se encendió la luz del despacho y entró Roast, propietario de la caja de caudales, de la casa, del mobiliario, de la estatua rota y de todos los enseres que adornaban la estancia. Era un hombre de cara ovalada, ojos dulces y pijama de cretona. Puso sus manos sobre los hombros de los ladrones y preguntó interesado:

—¿Qué? ¿No se abre?

—No se abre—repuso Mildow.

—No hay manera de abrirla—declaró Crasway.

—Es lo malo que tienen estas cerraduras «Thews»—afirmó el dueño de la casa—. Yo quería poner una cerradura «Vindey», que se abren con una pluma de codorniz, pero mi mujer se empeñó en que colocasen esta otra...

—¡Vaya una canción!—gruñó Mildow—. ¡Haberse impuesto! Siempre me han fastidiado los hombres que se dejan gobernar por su mujer...

—Me dijo que era un capricho...

—¡Un capricho! En fin, ahora nosotros pagamos el caprichito de la señora... ¡Valga más morirse!

—Pues muérase usted—le aconsejó el dueño de la casa.

—Hombre, eso es una grosería—protestó Crasway.

—¿Tengo yo culpa de que no conozcan ustedes su oficio?—preguntó Roast.

—Es que no hay conocimientos que valgan frente a una de estas cerraduras.

—Disculpas, tonterías... Ustedes están en la obligación de saber abrir esa cerradura.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Naturalmente!

—Bueno, más vale que se calle usted para no hacer el ridículo. Estas cerraduras no las abrirá ni Cockeys, aquel célebre ladrón desaparecido el año 1917.

—Cockeys hubiera abierto esta—dijo Roast.

—¡Mentira!—gritaron los ladrones.

—Cockeys soy yo—declaró el dueño de la casa.

—¿Usted?

—Sí, yo; el negocio daba poco dinero, y en lugar de seguir abriendo cerraduras para encontrar, en suma, dos mil dólares, yo inventé la cerradura «Thews» y me he hecho de oro con mi invento. Por eso me retiré del oficio.

Crasway le miró con asombro.

—¡Usted el inventor de las cerraduras «Thews»!... ¡Vaya un genio!

Pero Mildow, que era más práctico, dijo:

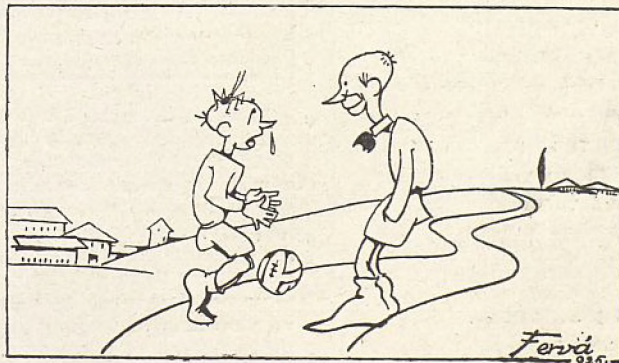
—Bueno, pues ya que usted las inventó, ábranos la suya.

Roast urgó con un palillo de dientes y la caja de caudales se abrió de par en par.

—Ahí la tienen. ¡Y pensar que si no salgo yo de mi alcoba, se están aquí bregando hasta el amanecer! Da asco ver gente tan estúpida. ¡Da asco!

Y se fué a sus habitaciones hablando sólo y chupando el palillo de dientes.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—Tienes un arañazo enorme.

—Será del gato de casa.

—¡No, si digo que tienes en la cabeza una araña tremenda!

Dib. FERVÁ.—Madrid.

(1) Expresión muy usada en Norteamérica y que equivale al modismo castellano «¡tonto del bote». —Nota del traductor.

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Tinita mfa. Faltaste cita Molinero, té Ritz, merienda Granja, vermouth Royal, charleston Gutiérrez, misa Padre Calcaño. ¿Tuvo la culpa tu señora madre?... Compadécete de este pollo pera, que confía ofrézcasele manzana. Sin tí el mundo me es odioso. Tu madre me carga, y no digo que me carga el mundo porque no la toleraría que me tomase por un mozo de distinguida cuerda. Ven mañana carreras caballos. Si vas, correré yo por tí. Tuyo hasta la muerte. Hasta la muerte de tu madre, y con esto te doy a entender que soy tuyo para una barbaridad de tiempo.—Monchín.

Vendo cincuenta cerdos, estupendamente cebados. Garantizo que pueden dejar una utilidad de cinco mil pesetas limpias. Es raro que las dejen limpias siendo cincuenta cerdos los que las tienen que dejar, pero repito que lo garantizo. Escribid al representante general de la *Sociedad de venta de puerkos de Extremadura*, con domicilio sucursal en Madrid, Lavapiés, 198.

Venta de automóvil

Magnífico Citroën, 16 HP, a prueba y a cala, cuatro plazas...

PLAZA DEL PROGRESO, PLAZA DE ANTÓN MARTÍN, PLAZA MAYOR Y PLAZA DE LA CEBADA

No sabe andar por otras.

ANDA CON MOTOR Y SIN MOTOR:

Con motor, al salir del garage, y sin motor, a los dos minutos de haber salido, suponiendo que alguien le empuje, porque si no, no se menea.

Utilísimo para personas que no salgan nunca de casa.

PARADO ANTE LA PUERTA, HACE UN EFECTO PRECIOSO Y HACE RABIA DE ENVIDIA A LOS VECINOS.

¡El único auto que tiene diez y seis caballos muertos!

PRECIO FIJO..., TODAVÍA MÁS FIJO QUE EL AUTOMÓVIL.

Informes: calle de la Parada, 48.

Dispongo de 80.000 pesetas para negocios lucrativos pero no se las doy ni a mi padre. Los negocios los haré yo si se me ocurren, y si no me comeré las pesetas y todos tan contentos. Darán razón de por qué no se dan las pesetas, en la Administración de este antediluviano semanario.

¿OS AFEITAIS EN CASA?

¿VUESTRA HOJA «GILLETTE» SE MELLA?

¡PUES NO OS APURÉIS!

¡MEJOR DICHO, APURÁOS SIN MIEDO, EN CUANTO HAYAIS AFILADO LA HOJA INÚTIL CON EL

SUAVIZADOR FILO SÁNCHEZ

INVENTADO POR FILOMENO ÍDEM Y PÉREZ!

Es tan prodigioso este aparato que no sólo afila las hojas «Gillette» sino que lo aplicais a las hojas de un libro de Hoyos y Vinent y conseguís en el acto que se le vea la punta a la novela, cosa reputada imposible por los críticos.

Desde que usa este suavizador el señor Vázquez de Mella, se ha quedado en Vázquez sólo, porque la Mella le ha desaparecido para siempre.

¡¡COLOSAL!! ¡¡FORMIDABLE!!

¡¡Hasta la hoja de parra de Adán se habría puesto suave con el suavizador Filo Sánchez!!

Venta en todas las tiendas de armas de fuego, comestibles, farmacias y demás establecimientos de artículos peligrosos del mundo entero.

Director de circo ambulante necesita un empleado para la taquilla. Ha de tener por lo menos dos metros cincuenta de estatura, pero el hecho de ser gigante no le obliga a trabajar en la pista. Es únicamente un capricho del director que quiere tener a sus órdenes un alto empleado pagándole solamente siete pesetas diarias. Se advierte que el susodicho director trata magníficamente a sus subordinados y que, aunque tiene ordinariamente mala pista, no tiene nunca mal pisto.—Lista de Correos, número de circo 72.203.

Necesito empleado

PARA GRAN CASA DE COMERCIO

HA DE LLEVAR TODA LA CONTABILIDAD

Sólo se le exige que no padezca de almorranas, pues el anterior empleado las padecía y nos molestaba oírle lanzar agudos gritos al hacer los asientos.

Escribid a Jaime Masó, Silla (Valencia).

Y POR ESTO ÚLTIMO CALCULARÉIS POR QUÉ NO ACEPTAMOS FUNCIONARIOS CON HEMORROIDES

¡Porque pasarse la vida en Silla, con esa enfermedad, no puede ser de ninguna manera!

Vendo un ventilador baratísimo por haber tenido la desgracia de agarrar un constipado formidable usándole con frecuencia. Trato de las condiciones con todo el que lo desee, a pesar de llevar tres días estornudando como una fiera. Al que me lo compre le daré las gracias aunque no me diga ¡jesús! Calle del Viento, 3. segundo.

Extranjero caprichoso, y amigo de coleccionar rarezas, da cinco mil pesetas por una butaca del teatro Fontalba en la que se le demuestre que ha estado sentado un espectador una sola vez. Si se le demuestra que ha estado sentado dos veces, da veinte mil pesetas. Y si se le demuestra que ha estado sentado tres, da lo que pidan.—Mister Wasón, Posada del Mirlo Blanco, calle de la Cava Baja. No tengáis inconveniente en preguntar por la posadera, pues mister Wasón tampoco lo tendrá en preguntar por las otras posaderas (por las que hayan estado sentadas en la butaca, caso de que este absurdo haya sido posible).

— Agente anunciador:

ERNESTO POLO

LANCES HISTÓRICOS

En un piafante bridón
cabalgaba Godofredo
de Buillón,
y se iba chupando el dedo
con fruición.

Todo negro es el corcel
de la cabeza a la cola,
y de los pies a la chola
la armadura del doncel
es negra como ella sola.

Y hoy lleva negro el talante,
que varón tan arrogante
no más dejar la papilla
tuvo armadura brillante...
y hoy está negra y no brilla.

Que hombre ya, se la pusieron
y a pelear le sacaron,
los infieles le aprehendieron
¡ay! y se la *empavonaron*
del palizón que le dieron.

Y cuando su paje fei
le sacó de la angostura
de los hierros, lloró él:
¡cada bollo en la armadura

cardenal era en la piel!

Por eso está compungido
y por eso los follones
murmuran de boca a oído:

«Es cosa del apellido:
A Buillón... pues *abullones*».

Por eso el buen caballero
para montar en su overo
pasó fatigas eternas,
pues que le abrieron las piernas,
cada una un escudero.

Le elevaron a la altura
con cabria potente y... ¡zás!
cayó en la cabalgadura
con guiñolesca apostura,
las piernas como un compás.

Sacó un trote gorrinero
que era un martirio, el overo,
y jura y jura el doncel
lo mismo que un carretero,
y *trotón* llama al corcel.

Tal se duele de su grupa
que un dedo a su boca aupa,
en la boca se le pierde

y parece que le chupa
y no hay tal... ¡es que le muerde!

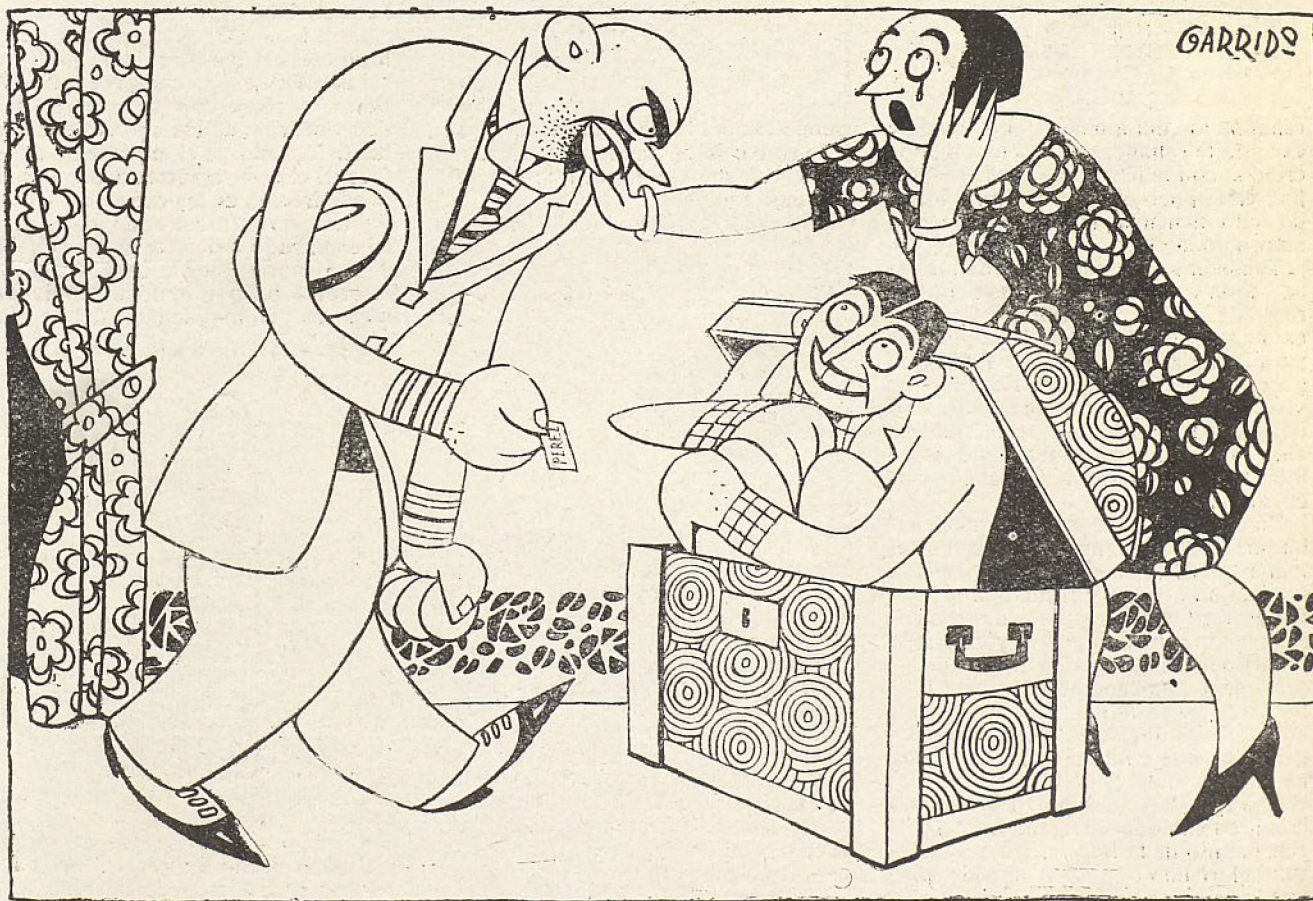
En esto tropieza el jaco,
suelta el caballero un taco
que es del rojo infierno aborto
cade come corpo morto.

y ayea como un bellaco.
Y un fraile que le miraba
desde el convento cercano,
al ver que el suelo bazaba
creyó que era que rezaba
como ferviente cristiano.

Llamó a la comunidad
le vieron mordiendo el polvo
lo juzgaron humildad
y entonces el Padre Abad
musitó un *ego te absolvo*.

Supo el caso la Nación
y el extranjero también,
y por aquesta razón,
en la primera elección
fue Rey de Jerusalén
Godofredo de Buillón.

VICENTE ESCOHOTADO



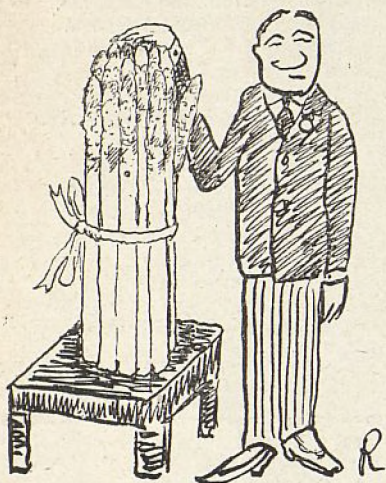
Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Nos batiremos esta misma noche, caballero! ¡Los dos no cabemos en el mundo!

RAMONISMO

CULTIVO INTENSIVO

¶ Era un hombre de gustos sencillos al que le gustaban los rábanos con delirio. En cuanto llegaba la época de los



rábanos los iba a buscar al mercado y escogía la rabanera que tiene rábanos criados con mucha agua, pues los que han visto poco el agua están rabiosos de sed y tienen la picazón adquirida en su propio suplicio.

También conocía la época de los espárragos y entraba en su casa con un ramo de ellos, como *bouquet* para el estómago, así como hay los *bouquets* para la nariz. Adoraba los espárragos porque sabía que el sabio Fonelle, que vivió cien años a pesar de ser de salud delicada, había dicho que si hubiera sido lo bastante rico para comerlos en todo tiempo, hubiera vivido ciento cincuenta años.

En aquel hombre sencillo, que llevaba por apellido un nombre, pues se llamaba Luis Nicolasón, se sospechaba un destino seguro y firme que no podía correr los albueros del de otros seres menos sencillos que él y con más inquietudes.

No se podía esperar que fuese gobernante, pero sí uno de esos afortunados seres que se establecen al margen de la vida y hacen sonar los duros en el bolsillo del pantalón.

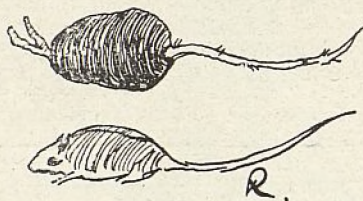
Una Navidad se supo lo que aquel hombre tenía que ser: ganador del primer premio de la lotería. Entonces resultó clarísimo que tenía tipo de eso, que lo raro era no haber caído en ello antes de que la suerte lo divulgase.

Luis Nicolasón fundó entonces con su dinero una granja agrícola para el cultivo intensivo.

También al volver aquella página de su destino se veía que debíamos haber adivinado la ilustración que la correspondía.

Luis Nicolasón leyó libros, buscó los hortelanos más acreditados, usó los abonos más afamados. Quería que las hortalizas evolucionasen como había evolucionado el hombre. Era una vergüenza que después de tantos siglos siguiesen de la misma manera. El repartiría por el mundo la semilla de toda una nueva creación.

Los rábanos dejaron de ser aquellos



ratoncitos del reino vegetal que eran, y se convirtieron en algo monstruoso que abrumaba al hombre que se situaba junto a ellos.

Los espárragos no adquirieron tan



pronto el tamaño que él se había propuesto que tuviesen, pero en la primera exposición internacional que se celebró pudo presentar ya un manojo de grandes espárragos, mayores que los que nunca se habían logrado, ramillete de niños del reino vegetal que llamó mucho la atención y fue premiado con primera medalla.

Luis Nicolasón estaba radiante y recibía con orgullo a los visitantes de su finca a los que ofrecía rabanadas de sus frutos, pues era imposible que se comiesen uno entero.

—¿Un espárrago?

—¡Oh, no... Es demasiado!

—¿Una guinda intensiva?

—¡Por Dios! Pero por qué clase de glotón me ha tomado usted... Media y ya es mucho...

Por ese estilo eran todos los diálogos que se oían en su comedor de recepciones.

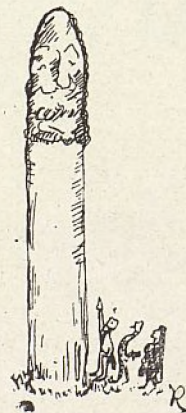
Cada vez era más célebre en los contornos que se quejaban de que absorbiese tanto el jugo de la tierra, achacándole la esterilidad de las tierras de alrededor mal cultivadas y que nunca veían el abono.

Luis Nicolasón escribía a todas las fábricas extranjeras de productos químicos. Tenía para las hormigas un producto que les hacía desaparecer todas en cinco minutos y hasta contrató el guano de los elefantes de la India para que sus productos intensivos cobrasen más vigor.

La sombra de su huerta llegó a ser más intensa que la que envuelve a los bosques del Líbano. Las escarolas tenían aspecto de grandes plátanos y los fréjoles colgaban del cillo sus medias líneas verdes.

Pero toda obra grande tiene un epílogo casi siempre trágico.

Luis Nicolasón, cada vez más color tierra, siempre con las mangas subidas y ordenando el riego de cada hora, había logrado ya el espárrago descomunal, el gran espárrago catedralicio, la admiración de los extranjeros, cuando una tarde mostrando el obelisco del espárrago a dos turistas se quebró el jugoso poste por la base a causa de su propio peso y mató al cultivador intensivo y a dos víctimas del Bedeker



que había hecho figurar en sus páginas con el asterisco de interesante el célebre espárrago.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

MULTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

JOSEFINA SANTAULARIA

—Esto de andar de compras es atroz no por lo de comprar, sino por lo de andar. Las calles están mal empedradas, y resulta que, por ir a comprar unos zapatos, destroza uno los que lleva puestos y se destroza una los pies.

Así hablaba días pasados una amiga mía; yo la dije:

—¿Pero, mujer, para qué están los taxis? Hay ahora unos taxis de cero cuarenta que son una monada y resultan baratísimos.

—¡Calla, por Dios!— me dijo ella y se tapó la cara ruborosa—. Tú no sabes lo que me ha sucedido ayer con uno de esos taxis.

Yo me quedé atónita. ¿Qué le podía haber pasado?

—¿Qué puede suceder en esos taxis si todo va a la vista?

—A la vista... en efecto... eso es lo malo.

Seguí sin comprender sorprendida.

—Ayer tenía yo necesidad de hacer una infinidad de compras y de encargos. En estas pasó por enfrente de mí uno de esos taxis que parecen de juguete y que tienen el letrero tentador de cero cuarenta kilómetros. Este es el mío, me dije yo. Le mandé parar; me subí en él; me recliné cómodamente en el respaldo y echamos a andar, mientras yo me frotaba las manos para mis adentros al pensar que despacharía de aquel modo todos mis quehaceres en un periquete. Pero, de pronto, oigo un grito que me saca de mi distracción. ¿Qué pasaba? El chauffeur que a poco si atropella a un pobre viejo... Afortunadamente no fué nada y conti-

nuamos... Pero a los quince minutos ¡ay!... otros cuantos gritos de la gente y otro sobresalto mío... ¡Pero, qué pasa, por Dios!... El chauffeur que a poco si atropella a un pobre chico.



Josefina Santaularia, la asombrosa actriz que todos ustedes han admirado en las tablas, va a admirarles todavía más, si esto es posible, con la narración de moderno y simpático verismo con que hoy honra, regocija y añade prestigio a nuestras columnas.

—¡Pero, hombre, está usted ciego!

—¿Ciego yo?, me dice el chauffeur mirándome de soslayo.

Qué voy a estar ciego yo, señora mía.

—¿En qué piensa usted entonces? Le contesté muy amoscada.

El chauffeur, entornando los ojos y con cierto rentintín entre zumbón y galante, me dijo:

—¿Que en qué voy pensando?... ¿Quiere usted que se lo diga?

Yo no veía inconveniente en que lo dijera. Y entonces él, mirándome a las piernas, que iban demasiado al aire, como tienen que ir ahora las piernas, exclamó:

—Desde que ustedes llevan esas faldas, ¿qué quiere usted, señorita... el atropello es inevitable.

—El grito ahora fué mío. Comprendí. Como en los taxis pequeñitos va una al lado del chauffeur, en cuanto una se sienta resulta que las faldas, encogidas ya de suyo, se encogen más, y el chauffeur, en vez de mirar hacia adelante, va mirando con el rabillo del ojo el doble espectáculo que le vamos ofreciendo. Digo doble, porque es un espectáculo por cada pierna. Así que, no, jamás volveré a subirme a uno de esos taxis mientras las modistas no nos hagan las faldas un poco más largas. Tomaré taxis de sesenta, de esos en donde vamos detrás del conductor y no podrá entretenerse con nosotras como no tenga la mirada en el cogote... No quiero yo dar lugar a que suceda a lo mejor un atropello.

Mi amiga me convenció. Hay que estar en todo.

JOSEFINA SANTAULARIA

NO SEAIS PESIMISTAS

Hartas veces me han censurado mis escepticismos en cuestiones de amor; pero mi poca fe está justificadísima. A mi primera pasión la dió la gripe; a la segunda, una muchacha espiritual por demás, la sorbió el seso un banderillero y se fugó con él, después de haberme jurado amor eterno; la tercera novia que tuve me dejó porque no contaba un céntimo, y se entregó a las delicias amatorias de un jorobado que tenía dinero. La cuarta novia fué abandonada por mí porque no se quiso cortar el pelo a la *garçone*; y la quinta me dejó porque yo no me lo cortaba con la asiduidad que ella hubiese deseado. Después...

Después, me fuí enfriando; ya no dejaba en cada mujer un pedazo de mi corazón. Las dejaba, cuando algo, un mal recuerdo: a una mi inconstancia, a otra mi poca firmeza, a la de más allá en apurado trance... Ya no fuí para ellas lo que siempre exigen de nosotros las mujeres. Fuí frívolo como una tonadillera, informal como un mal pagador, y traidor como un heleno de la Grecia post-clásica.

¿Que por qué me volví así? Porque el escepticismo había penetrado en mi alma a través de la vida y de los libros. La vida me enseñó que donde ponía el corazón se me pagaba con artera traición, y cuando buscaba pasatiempo—cura de hastío—me pagaron con fe y orquídeas. Esto me había de conducir muy lejos. Así fué, en efecto.

Los libros me acabaron de emponzoñar el corazón. Yo soy un sensitivo. Y si leyendo a Campoamor sacaba en limpio que todo en este mundo es relativo, que depende del color del *vidrio* de nuestras gafas; al meditar sobre las enseñanzas del doctor Einstein, acerca de la relatividad, sacaba en consecuencia que este sabio había leído a nuestro poeta, y que de la lectura había salido amargado y con ganas de dar conferencias por el mundo proclamando que no debemos dejarnos alucinar por nuestras percepciones e ilusiones, que ellas pueden ser hijas del error y, que por lo tanto, debemos desconfiar y asistir a sus disertaciones. La herida no podía ser más profunda en un espíritu como el mío. Leí las *Pandectas* y

no me dijeron nada nuevo y optimista. Consagré mis ocios a la lectura del Dante y me aburrí. Perdí por completo la brújula, y buscando nuevas lecturas que borrasen o contrarrestasen el paso amargo que acibaraba mi alma en materia de amor, dí con el *Código del Manú* y con «Gus avo el Calavera», de Paul de Kock. Del dulce escepticismo, que a veces hace más soportable la vida, pasé al más negro pesimismo.

También Schopenhauer tuvo la culpa. Me dijo que la mujer no era bella, que era un animal con artimañas, que era esto, que era lo otro. Bueno, ya saben ustedes como pone a la mujer este filósofo; y si no lo saben léanle ¡qué caramba!, no todo lo he de poner yo.

Con todo esto, mi moral padeció mucho. No tuve la entereza que se acusa en los espíritus sobrios, ni la suficiente resignación para renunciar a todo comercio humano y hacerme cenobita. Me hice Perito Mercantil. Fué peor. Se me objetará que debía haber puesto mi fe en cualquier empresa, dedicar mis energías, aunque fuesen escasas, al servicio de algún negocio; pero era imposible, mi alma se había bañado en el escepticismo enervante y se mecía en el pesimismo verde botella.

¿Para qué había de acumular riquezas? ¿Y a quién dedicar honores? Todo lo que hacemos en esta perra vida lo hacemos por o para una mujer, y la mujer a mí me había desilusionado con sus constantes devaneos, su huera coquetería y piernas en continua exhibición. A mí me gusta verle las pantorrillas a la mujer; pero no me gusta que me las enseñe. Diréis que soy un anormal. No, repito; soy Perito Mercantil.

Con este bagaje moral ¿qué había de hacer yo? ¿Qué hubieran hecho ustedes? ¿Me cabía otra conducta que la que sigo? Dirán ustedes que podía ir al cine todas las tardes. Perfectamente. Y, una vez a obscuras, ¿qué hacer? El ridículo, y envenerar más mi alma. Porque todo lo que se me ocurre es mover tristemente la cabeza y hacer consideraciones filosóficas. Que veo una parejita en completo e íntimo arrullo, ya vislumbro en lontananza el cansancio de la doncella, su inconstancia. Y no me equivoco: se hace luz y, mientras abandona su manita al galán, que la estruja con vehemencia hasta hacerla perder el barniz de las felinas uñas, la *ingarata* se está *limando* con algún pollo de las cercanías, de las cercanías de las butacas ocupadas por la parejita. Alguna vez ví—lo juro por las cenizas de los ex partidos turnantes—, me-



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

- Me han dicho que estás en la compañía teatral que representa «Mi primo».
- Sí, me dan cinco pesetas diarias.
- Y tú qué haces?
- El primo.

for dicho, oí después de un sonoro beso cómo se soplaban algún pescazón. Indudablemente, alguna extralimitación o equivocación. Lo digo porque recuerdo que intervino un guardia, vi la mejilla de una muchacha con un sonrosado significativo, y el cogote de un chico—no lo era mucho—amoratado, mientras otro mancebo vomitaba injurias, hablaba de bravatas y mentaba desvíos.

Estas escenas se repiten con bastante frecuencia. La policía tan escéptica y pesimista como yo, abandona las obscuridades del cine y persigue a los conductores de auto-taxis. Yo creo que terminará también haciendo la vista obesa a los atropellos. Lo encuentro lógico. El espíritu de un guardia de Seguridad puede sufrir las mismas decepciones que el mío y el de ustedes. Además, un policía puede estar desengañado del amor y hacerle displicente en el cumplimiento de su deber. Pero dejemos esta digresión y volvamos a lo mío, que indudablemente, es más interesante que una tobillera.

Este estado de ánimo repercute indudablemente en el cuidado que pongo

en mi persona. Cuando yo amaba de veras me lustraba el calzado, me alargaba las patillas y dejaba vagar mis ojos prósperos con una melancolía que tenía acogida feliz entre las muchachas que leen la novela blanca. Hoy pienso de otra manera: descuido la limpieza del calzado, a sabiendas de que es una porquería, pero consciente de que así ahorro unos céntimos a la semana; las patillas han desaparecido como adorno de mi cara, sólo por gozar insanaamente al ver como se mellan las navajas del barbero; y a mis ojos no los dejo vagar porque se me volvieran apáticos. Mi ruina ha sido total: moralmente estoy hecho cisco, y físicamente me he vuelto obeso y descuidado.

No es ejemplo que se de a imitar 'el mío. Se ha de reaccionar en todo en esta vida. Que una mujer nos deja, debemos tomar otra, aunque sea la del prójimo, siempre que éste sea de buena pasta; que un amigo nos vende, nos debemos encoger de hombros y comprarnos una ocarina; ésta nos será fiel. Yo conocí a un hombre que escribía obras estimulantes y su mujer se le había marchado a pasar una tempora-

da en Luchón con un comisionista de géneros de punto. Para pasar por esta prueba se necesita ser más estoico que Epitecto. Bueno que se le fugue a uno la señora; pero ¡caray! que no sea con un comisionista.

El buen hombre no cejó en su porfía, quiero decir, en su optimismo y en la fe que tenía depositada en los humanos. Vendió bastantes libros, hizo algún dinerillo y escribió a su mujer brindándole un halagüeño bienestar. Le mandó dinero para el viaje, y cierta cantidad para indemnizar al comisionista. Los tórtolos respondieron al altruismo este llegando hasta París. El hombre bueno cogió la pluma y dió a la estampa un nuevo libro titulado: «Debemos ser águilas como los comisionistas». Tuvo un éxito loco.

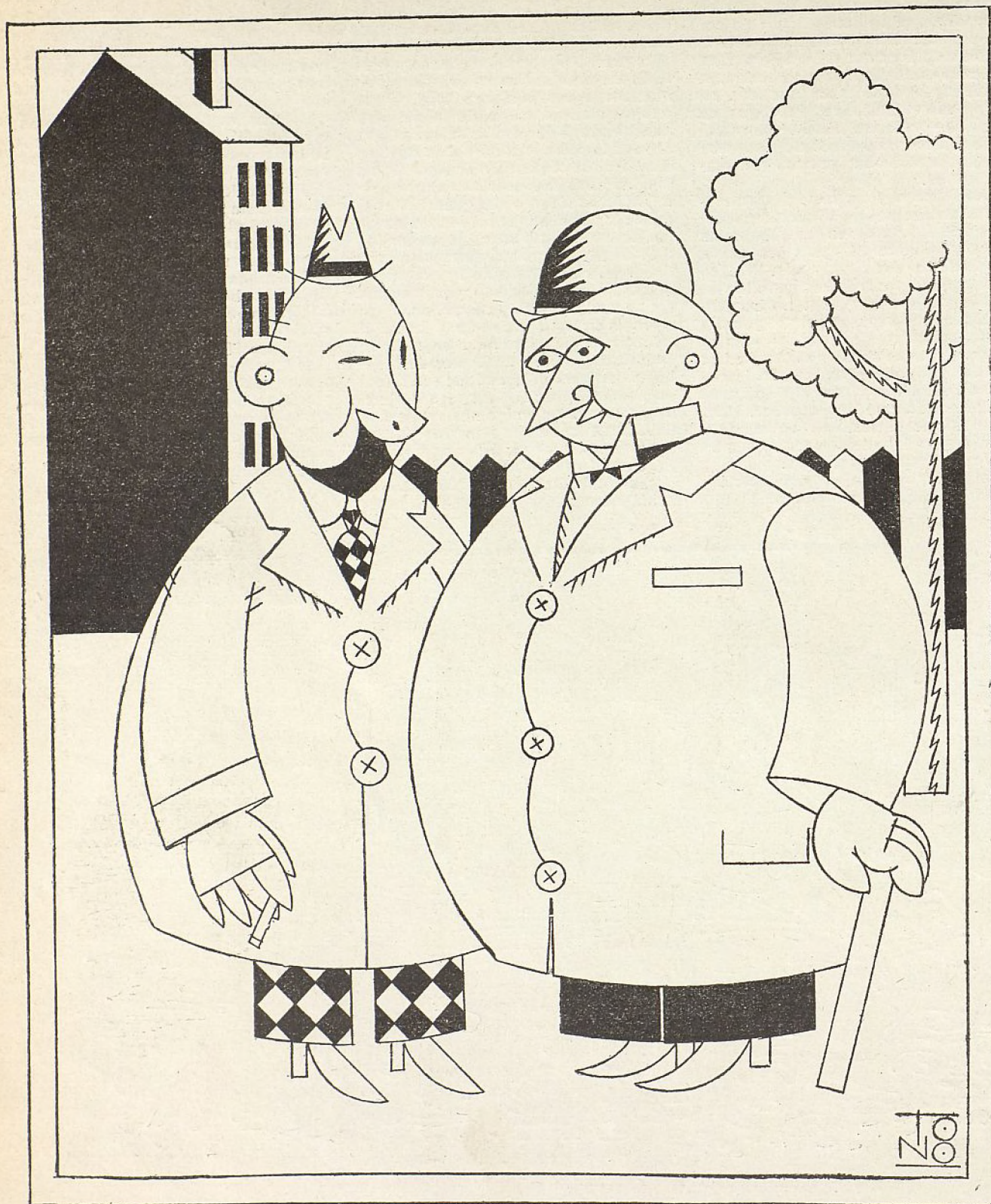
Sí, ¡pardiez! pero no todos los temperamentos son iguales. No obstante, yo os invito a imitarle. El escepticismo acedo os puede conducir a mi estado abúlico y un tanto sucio; el optimismo, como véis, aunque os haga ciervos, os puede conducir a la riqueza.

José ORZA



Dib. BERGSTROM. — N. Z.

—¡Mamá, mamá! ¡Mira, un loco ha dejado ahí un traje completamente nuevo!



Dib. Tono.—París.

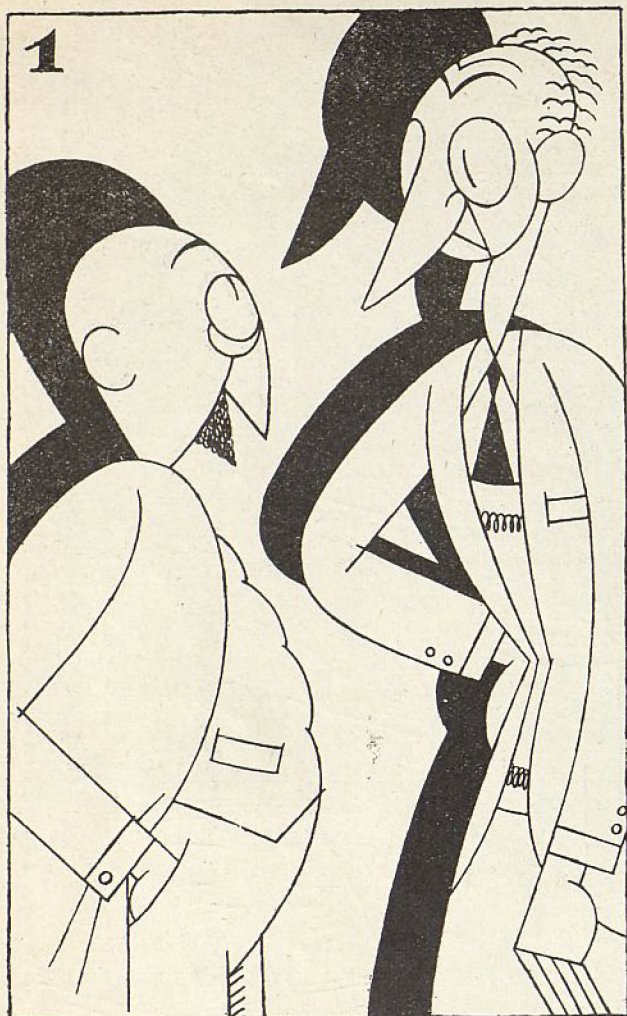
—¿Pero qué le pasa a usted en los ojos?
—Los tengo así para resolver palabras cruzadas.



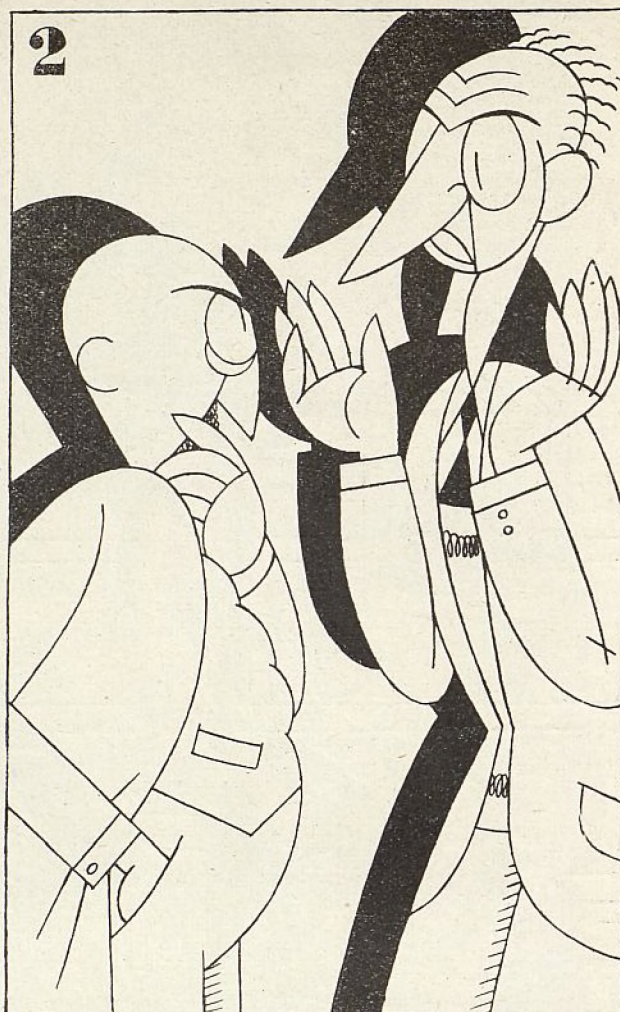
EN LA BIBLIOTECA DEL SEÑOR MATUSALEN.

Dib. SAMA.—Madrid.

—¿Está seguro de que esa edición del «Quijote» es antigua?
MATUSALEN.—¡Ya lo creo! ¡Como que la compré mi abuelito cuando joven en un puesto de libros viejos!



1.—Doctor, vengo a consultarle porque he observado en mi organismo una manifestación muy extraña.
—Veamos...



2.—Mirz usted, doctor, todas las noches tengo una pesadilla. Sueño que estoy yo solo en un desierto...

JUSTICIA MILITAR

El presidente—no del Consejo—sino de la corrida de toros que en aquella hora histórica, se celebraba en la populosa ciudad de X..., agitó el blanco pañuelo, quizás en señal de despedida al cornúpeto, y el clarín sonó... No siempre han de sonar los pañuelos; el matador cogió los avíos y después de un brindis, que para él hubiera querido Hamlet, se dirigió al toro que estaba receloso, incierto, y derrotaba más que un ejército invencible.

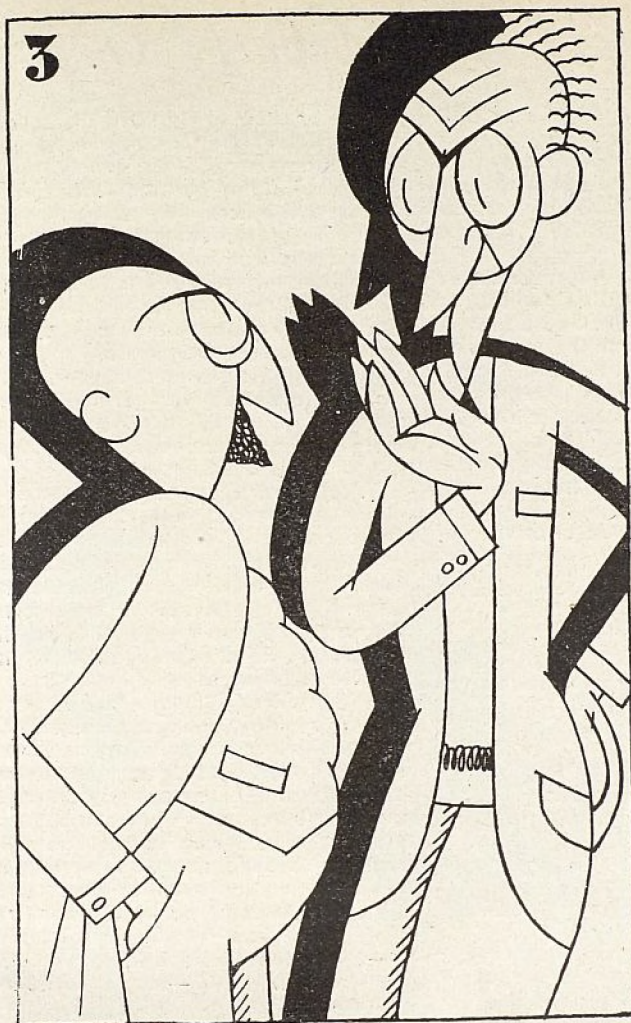
Pase por aquí, pase por allá, muletazo va y muletazo viene, y el toro que nones... Gruesas gotas de sudor peraban la no nacarada tez del diestro y

en su azoramiento y falta de ánimo y valor, se acrecentaba el desacierto y andaba de cabeza...

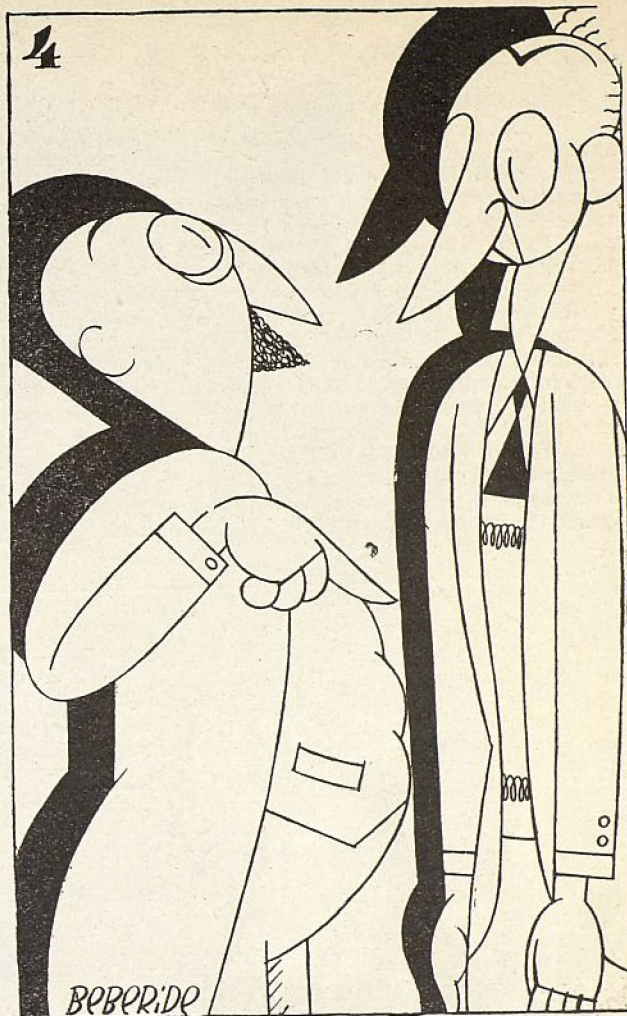
Bueno, esto de andar de cabeza, que ni aun en los circos he podido verlo, realmente es un simil... De una dificultad asombrosa debe ser tal ejercicio cuando se pone de modelo, como la peor de las maneras de andar... Algunas veces—¡oh, ratos de ocio inolvidables!—me imagino a la humanidad andando de cabeza... Naturalmente que las faldas se abrocharían por los tobillos y colgarían por la cintura... Que los pantalones tendrían los tirantes al extremo de las piernas y hasta puede

ser que a los zapatos de las señoras se les adornase con plumas y flores y cintas y habría zapatos cloche y zapatos pamelas, y Dios sabe lo que inventarían los zapateros de moda...

En cuanto al sistema de andar, no he podido descifrar aún si sería, sencillamente a saltos, mediante un leve impulso de los músculos cervicales, y resguardando convenientemente el cráneo con un almohadillado o bien por un movimiento giratorio ondulante ambidiestro, torciendo el cráneo unas veces hacia la derecha, otras a la izquierda... Dejo a la imaginación del lector las co secuencias de tal estado de co-



3.— ... y que de repente empiezan a aparecer hombres, hombres, una multitud de hombres...



4.—No diga usted más. Esa es la manifestación...

Dib. BEBERIDE. - París.

sas, si a ello se llegara, y apartémosnos de tales suposiciones y sigamos con el cuento.

Ayudaban los peones al maestro, pero ni por esas... Hasta que el matador que alternaba con el infeliz, cuyo nombre no quiero dar al público, se dignó auxiliarle... Era este (el que auxilió) nada menos que el insuperado Rafael Guerra *Guerrita*... Hombre sabio, si es que los hay en materia de cornúpetos, y lidiador que ha sabido nadar y guardar mucha ropa...

Se acercó al otro, y con la vehemencia del maestro al discípulo cuando éste está diciendo algún disparate, le dijo: —¡Malage, torea sólo por lo bajo

a ese hijo de mala madre... Tres capotazos y joróballo de una hasta los tuétanos!

Fuera cierto lo que dijo el Guerra, o fuera cosa parecida, que sí que fué parecida aunque más grosera, lo cierto es que el diestro le obedeció, y dándole tres mantazos aprovechó un instante y le largó un bajonazo del que dobló el toro... Hubo pitos en abundancia y a otra cosa.

Y aquella noche—os lo puedo jurar por las doce tribus de Israel antes de separarse—se me apareció el alma del toro en consulta...

—Quisiera saber—me dijo—si estamos en estado de guerra o con las ga-

rantías suspendidas, o me han cogido infraganti en alguna gravísima acción. ¿Sería usted tan amable de decírmelo, simpático aficionado?... —Quedé con la boca abierta, y ante la interrogación de mi extática mirada el alma del toro me gritó indignado: —¿Le parece a usted bien, señor, que yo haya sido muerto o ejecutado a consecuencia de un consejo de Guerra, ordinario... de plaza... de toros?...

Desde entonces os puedo afirmar que soy partidario de la abolición de la ley de jurisdicciones.

OBE-OBE

UN LANCE DE HONOR

El maestro de esgrima volvió a coger su caído florete y dijo con voz airada:

—Me temo que va a ser imposible enseñar a usted. No se fija en mis indicaciones, no aprende los movimientos y cada vez lo hace peor. Por si esto fuera poco, me está usted desarmando continuamente, y así no hay modo.

Decía verdad. En los pocos minutos que llevábamos de lección, su florete, al tropezar con el mío, había caído al suelo infinidad de veces. Al principio, el asombro se pintó en su rostro, pero luego, cuando hubo reflexionado unos instantes, me preguntó si yo tenía algún conocimiento de esgrima y como la respuesta fuera negativa, volvió su rostro a la normalidad.

—¡Pare usted en segunda!—me ordenaba.

Y yo hacía un ademán instintivo, que no era precisamente el adecuado para parar en segunda, pero que bastaba para que el arma del profesor fuese al suelo.

—¿No le he dicho que pare en segunda? ¡Claro, así no es posible! Lo que no sé es cómo no me ha matado usted! ¡Señor, y qué modo de atacar y de defenderse! Fijese, hombre, fijese... ¿Ha visto? ¡Pues eso es parar en segunda! Vamos, otra vez... ¡Salude! ¡En guardia!... ¡Cuidado! ¡Voy a tirarme a fondo!... No, hombre, así no se para esa estocada. Así lo que hace usted es romperme la careta.

Tuve que desistir de continuar el

aprendizaje. Y al siguiente día acudí al campo de honor con un desconocimiento insuperable del manejo de las armas. Estaba perdido. Iba directamente a la muerte. No obstante estos trágicos presentimientos, fingía serenidad para que no creyeran los testigos ni mi adversario que yo tenía miedo. Este último, menos hábil en el fingir que yo, estaba pálido, desencajado y temblaba epilépticamente.

Momentos antes de comenzar el duelo, oí que uno de los padrinos decía a otro:

—Temo que esto concluya mal. Ninguno de los dos sabe batirse.

Al enterarme de que estábamos en igualdad de condiciones me tranquilicé grandemente y pude, cuando se dió la voz de «en guardia» adoptar una postura digna, majestuosa, llena de gallardía y de confianza. Mi rostro estaba sereno y mis piernas firmes, sin temblores. El florete brillaba en mi diestra como un rayo de luz.

Sonaron tres aplausos dados por el juez de campo y, al último, comenzó la lucha. ¡Pero qué lucha! Ambos adversarios, conscientes de nuestro desconocimiento, saltábamos, nos encogíamos, retrocedíamos o adelantábamos con ligereza enorme, rompiendo toda regla y olvidándonos de la serenidad necesaria en las grandes ocasiones. Nuestros floretes chocaban algunas veces—no muchas—con fuerza increíble.

—¡Son dos suicidas—dijo alguien.

—¡Van a matarse!—aseguró tembloroso otro.

Mi adversario comenzó a retroceder y yo le seguí enfurecido, tremante de rabia, animado por un inmenso ardor bélico. Para cortar aquella carrera desenfrenada en la que seguramente recorrimos dos kilómetros, fué necesario que uno de los padrinos advirtiese:

—¡Cuidado! ¡El río!...

Mi adversario estaba, en efecto, de espaldas a un río. Un paso más, en su retroceso, y hubiera caído en él. Entonces, ante el temor de ahogarse, tomó la ofensiva, y su florete penetró en mi pecho.

Caí al suelo, el médico se acercó, rasgó mi camisa, puso una cara muy seria y atestiguó mi fallecimiento.

Todo había sucedido lógica e inevitablemente. Mi adversario sabía aún menos esgrima que yo.

Aquí no se pasa mal; un poco incómodo por las muchas personas que estamos, pero tengo entendido que un día de estos van a trasladarme a un sitio más agradable.

El Purgatorio, a 15 de enero del año eterno.

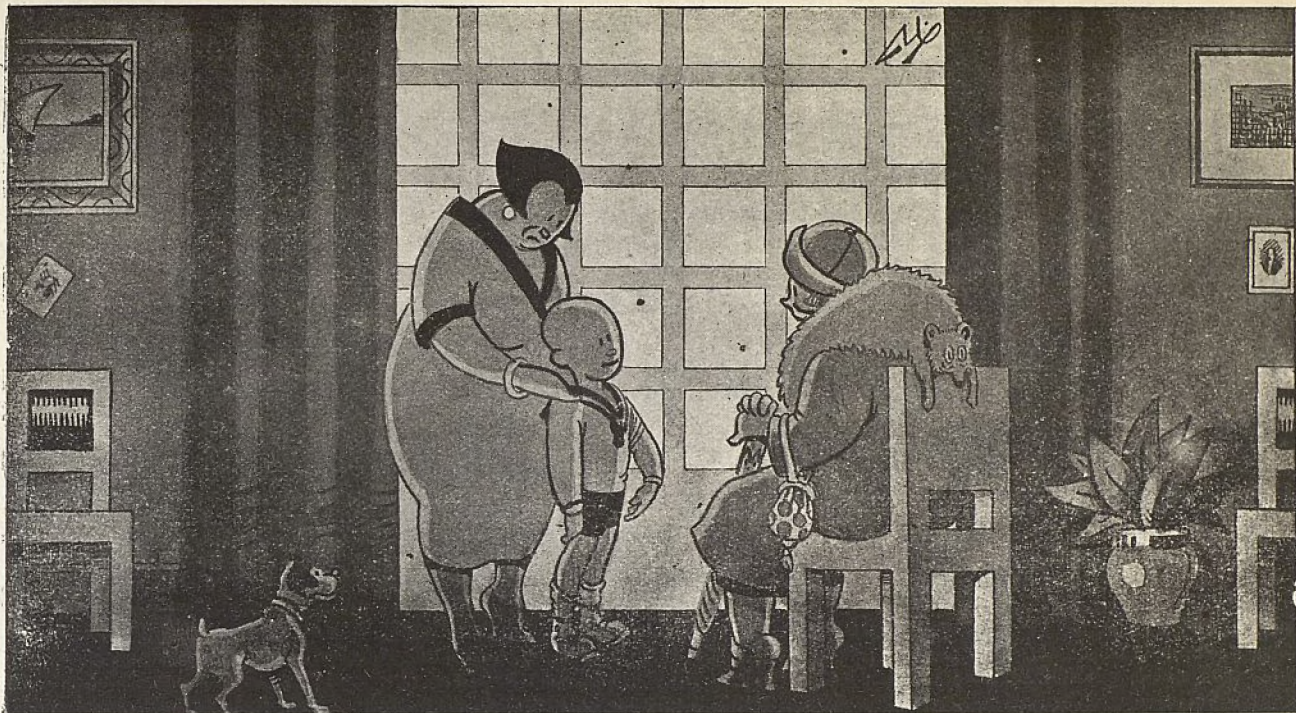
Por la firma ilegible que hay al pie del manuscrito,

J. SANTUGINI PARADA



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—¿Que si están fríos los refrescos de ahí? Ya lo creo, como que te piden una peseta por un chico de limón y te quedas helado.



Dib. Llorens Gual. — Barcelona.

—¡Los ojos son de su papá!
—¡Y la boca de su madre!
—¡Oh, y los pantalones son de mi abuelito!

A LOS PADRES FECUNDOS

DIÁLOGO DE VECINAS

—¿Pero ha visto usted, Gregoria, lo que dicen los papeles de la propi que el Estao les va a dar a los que tienen una prole numerosa pa aliviarles, según debe tantas cargas pesadísimas como le han cabido en suerte?

—Sí, señora Emerenciana. Eso lo he leído el jueves y me he quedao patifiesa pa lo menos un semestre.

—Yo, por lo que me decía Juan, el primo de mi Lesmes, (que no es tonto, pus por algo le puso *El Eco de Algete* unas coplas dedicás a no sé cuál de los bueyes de San Isidro), supongo que el Gobierno, a los que cuenten como nosotros diez hijos y pico, pa que se alegren les piensa sacar de apuros con largura suficiente.

—Yo también me figuraba que al mío que tiene trece (aunque él a nadie asegura

que todos le pertenecen), le entregaría el Gobierno algo que al fin mereciese la pena. Pero ¿usted sabe lo que va a corresponderle? Pus van a darle una cédula personal rebajá... Puede que por la que cuesta un duro dé cinco cuproniqueles.

—Y... ¿ná más?

—Sí, Emerenciana.

Una botella de aceite por Navidad, y un retrato del *Gallo* en su gabinete.

—Pues no se queje, Gregoria, que el mío, que más que Lepz y más que Lepijo sabe de estas pamplinas de leyes, dice que le corresponde por el *sucidio* que ofrece pagarle el Estao, catorce reales al año, dos peines, un galápago en la infancia y un capón pa que se queje.

—Bueno, y si de los diez hijos están casaos seis o siete, ¿qué pasa?... ¿Paga el Gobierno,

como si no lo estuviesen, a quien tuvo al engendrarlos el gusto de ser el jefe de la familia?

—Lo inoro.

Pregúnteselo a Gutiérrez.

—¡Toma ese ya me figuro lo que dirá el muy zoquete: «Que dá menos una piedra, y que eso hay que agradecerle al que ha inventao tal propina, que a nadie hasta la presente se le ha ocurrido endiñarle al de los diez churumbeles. ¿Y sabe usted que diría pa rematar?

—No.

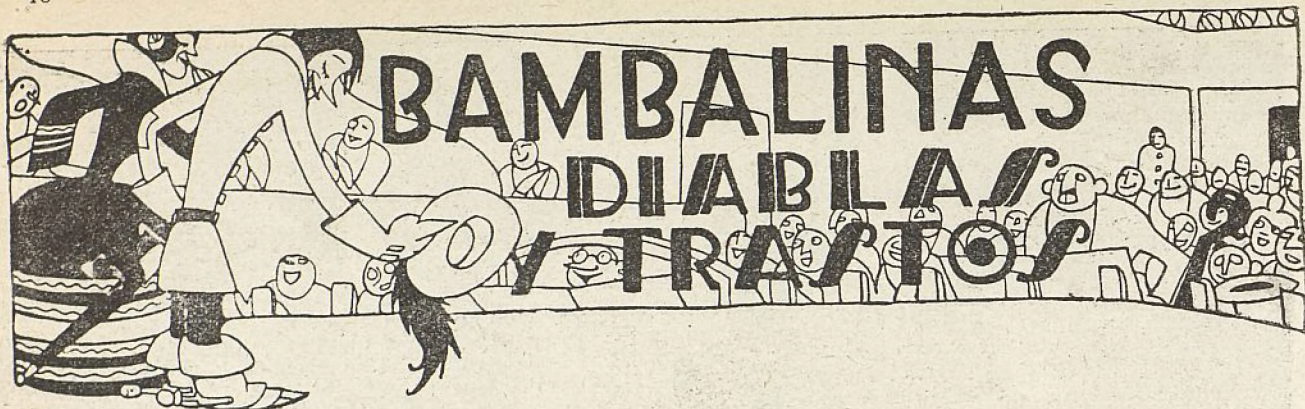
—Pus puede que nos dijera. «¡Qué porra! (o, en vez de «porra», ¡Qué leñe!) o no haber encargao tantos, o fastidiarse pa siempre...»

—Bueno, el caso es que nos vivan y que en número no mengüen.

—¡Que usted siga en sus diez críos!

—¡Y que usted siga en sus trece!

JUAN PEREZ ZUÑIGA



En el Reina Victoria, «Mimí Valdés», obra «bien» de José Fernández del Villar.

—Hola, ¿qué tal?, ¿está usted bien?
—Yo, bien completamente.
—¿Y el teatro, bien ¿eh?
—De lo más «bien»... Era de esperar. Esta parejita de Josefina y Santiago tienen muchas simpatías, y habiendo estreno y beneficio de Josefina justed calcule!

—Mire a Josefina; ahora sale... ¡Qué mona, qué buen tipo, que manera tan sobria y fina de dar comicidad al papel! Hace de insoportable con una delicadeza que nos obliga a suspirar y a decir: «¡Ay, Dios mío, si fueran así todas las insoportables que andan por el mundo!»



Irene Alba, su hija y su perro.

—Pero también la obra va a ser de gente bien. ¡Qué manía, Señor!... Este Fernández del Villar la tiene tomada conmigo.

—¿No le gusta la gente bien?

—No, señor; me carga: no tiene gracia, ni elegancia, ni corazón... No son nada... Y este bueno de Fernández se empeña en copiar «la realidad misma» y me parte por el eje... Yo que en la vida no aguantaría ni dos minutos a estas niñas, tengo que estar aquí toda la noche padeciendo sus idas y venidas.

—Pero, hombre, fíjese usted: ¿no le interesa lo que le va a pasar a esta muchacha?

—¿Lo que le va a pasar? ¿Le va a pasar algo? Nada: que se va a casar con ese joven que ahora le es tan antipático. Primer acto: el joven hace des-

precios a la joven, por favorecer a un amigo que quiere a la muchacha. La muchacha con eso se interesa más por el desdén.

—Eso está bien, no me lo niegue.

—Completamente «bien»; pues por eso me lo sé ya de memoria. La gente bien no tiene sorpresas; no puede ser de esta manera o de la otra; tiene que ser bien... Y no hay que darle vueltas: ella y él tendrán un encuentro bien—primer acto; habrá entre ellos unos escarceos bien—segundo acto; y todo acabará bien—tercer acto.

—Pero la comedia estará bien.

—Está bien; completamente bien. ¿Ve usted esta escena? Está bien...

—Y la anterior,



Sr. Bonafé y Sra. Sanz, en un nuevo dúo de los paraguas.

mejor... Y el público lo reconoce.

—Y yo... No faltaba más... Lo único que yo lamento es que la comedia sea de gente bien.

—Pero, ¿entonces a usted le gusta por lo visto la gente mal?

—El arte dramático, caballero, tiene, en efecto, su origen en la gente mal.

—Pero, ¿qué me cuenta?...

—La Biblia, caballero... Cuando al árbol del Bien y del Mal—mucho más del Mal que del Bien, como usted sabe—se le fueron cayendo las hojas, pudimos ver que eran hojas de dramas y comedias... Si nuestros primeros padres se hubieran portado como Dios mandaba, no hubieran tenido después que sudar tinta, ni ellos ni los dramaturgos, que son una especie de historiadores de la humanidad después del mordisco original.

—De modo que, entonces, ¿usted cree que el arte dramático proviene, como la sidra, de la manzana?

—Sí, señor... Si nuestros padres no hubieran mordido la manzana, no hubieran sido... padres... No hubiera existido la familia, que es el verdadero Origen de la Tragedia.

—Irás usted, por ventura, a decir algo en contra de la Familia, la institución más sacrosanta...

—Sacrosanta, sí; pero... ¿usted ha tenido mucha familia?

—Hombre, yo...

—¿No ha tenido usted seis chicos y no ha tenido que comprarles, no digamos zapatos, sino tan sólo alpargatas?

—Yo, no, caballero.

—Entonces, calle... Cuando crezca usted y se multiplique usted y vea que

noce que es autor de éxitos; es'á gor-dito, redondito... ¡Bravo!...

—Estos Artigas tienen una suerte para los estrenos...

—Es que saben escoger el repertorio. A cada época le dan lo suyo. Y dan obras para todos los gustos. Después de *Liliom*, que era una obra de abrigo, ésta, que es una obra de fresco.

—Por Dios, ¿usted cree que Pepito sea un fresco?

—No lo digo en ese sentido... Lo digo porque es obra ligerita, de verano, lo mismo que el tejido «fresco»: lanilla dulce, que no pesa nada, que tiene una trama que se clarea y por donde pasa fácilmente el aire, dejándonos tan frescos...

—No diga usted eso, por Dios... Esta comedia es la vida misma.

—Eso es precisamente lo que digo: la vida es un soplo, según ya sabemos, y por eso nos quedamos tan frescos con esta comedia, porque pasa la vida por entre los hilos... No me diga usted que no es una comparación delicadísima.

—Es una comparación «bien».

ENTREACTOS

La escuela y el teatro.

Erased una vez una Compañía infantil. Debutaba un pequeño, notabilísimo. Tuvo un éxito extraordinario. El chico, sin embargo, entró llorando a lágrima viva en el cuarto donde le esperaba su mamá.

—Pero, hijo, ¿qué te pasa? ¿No has estado muy bien?

—No... Muy mal.

—¿Muy mal? Pero ¿por qué?

—Sí..., muy mal... Me han hecho repetir todo...

Cada edad tiene su lógica. Como en la escuela siempre que se equivocaba le hacían repetir la lección, el chico suponía que, al obligarle a repetir, no era un elogio... Lo está mal en la es-

cuela, puede estar bien en el teatro.

Un homme à femmes.

Un actor famoso, famoso por sus particularidades, estaba un día ensayando una obra, cuando de pronto va y se retira al fondo de la escena para declamar desde allí su papel.

—Pero ¿qué hace usted?; ¿dónde va usted? —le grita el autor.

Y él:

—Quiero ver la perspectiva de mi voz.

Este era el mismo que decía, cuando hablaba del cielo nocturno, que estaba «consternado de estrellas».

Según cuenta la historia, tuvo un partido extraordinario entre el sexo femenino.

MANUEL ABRIL



Srta. Caba, en El Sr. Cura y los ricos.

por mucho que usted se multiplique y muchas patadas que dé usted no saca ni para punteras, entonces hablaremos.

—De modo que para usted el teatro...

—El teatro no hubiera podido existir con el Paraíso solamente. El Paraíso es una parte—y pequeña—del teatro; nada más.

—Calle, que termina el acto...

—¡Bravo!... ¡Bravo!...

—¿Ve usted?... Una ovación... Éxito completo.

—Sale el autor. ¡Oh!... cómo se co-



Juan Bonafé de Señor Cura.



DEL BUEN HUMOR AJENO



LA GOMA

POR ARTHUR B. CECIL

Roberto Warren dió un puñetazo en la mesa, otro en el botón del timbre, otro en los papeles de trabajo y otro en su propia frente. Luego gritó desesperado:

—¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Quisiera que me electrocutasen!

(Para un verdadero neoyorkino, el deseo de ser electrocutado, anunciado en alta voz, es la expresión más fea y más repugnante en que pueden disolverse unos segundos de ira.)

A consecuencia de aquella actitud de Roberto Warren ocurrieron dos cosas; primera: que mistress Gish, la secretaquidactimecanógrafa, se tapó los ojos horrorizada; y segunda, que en la puerta del despacho apareció un ordenanza, reclamado por el timbre de Warren.

Mistress Gish siguió en su postura, mirando al techo durante un buen rato; el ordenanza avanzó hacia Roberto en busca de órdenes. Estas no se hicieron esperar.

—¡Traiga usted goma!—aulló Warren—. ¡Pero traiga usted verdadera goma, que pegue! ¿Me entiende usted? ¡Que pegue! ¡Hace una hora y diez y seis minutos que pretendo pegar estos papeles y no lo consigo, porque la goma que hay aquí es indecente! ¡Sí, sí, indecente! ¡Ah! ¡Quisiera que se hundiese el buque! (Juramento groserísimo, que usan mucho los capitanes de navío norteamericanos.)

El ordenanza abrió los ojos mucho, abrió las manos también como si quisiera cogerse a algo invisible, y abrió la boca finalmente.

—¿Dice usted—le preguntó a Warren señalando el frasco de goma que éste tenía sobre la mesa—que esa goma no pega?

—¡No! ¡No pega!—rebrznó Warren.

—Pues ha pegado siempre—repuso el ordenanza impasible.

Warren palideció; no era hombre amigo de que se le contradijese; mistress Gish, que lo sabía, se tapó aún más los ojos, con espar to. ¿Qué iba

a pasar allí? Un ordenanza acababa de atreverse a contradecir a mister Roberto Warren, presidente del Círculo Gramofónico. Lo que pasó no es corriente en el mundo de las finanzas.

Roberto Warren cogió el frasco de goma, objeto de tantos sobresaltos, y se lo tiró a la cabeza al ordenanza.

Hubo un ¡ay! de mistress Gish y, después, unos segundos de angustiosa espera. El ordenanza permaneció de pie, al lado de la puerta, con las manos en los bolsillos y el frasco de goma sobre el ojo derecho.

—¿Qué le ha pasado a usted?—preguntó Warren.

—Se me ha pegado el frasco—dijo el otro.

—¿Que se le ha pegado?

—Sí; al ojo.

—Pero no es posible...

Warren se levantó a comprobar; mistress Gish, también.

—¡Es curioso!—murmuró el primero—. ¡Se le ha pegado el frasco!...

Luego fué llamando a todos los empleados de la oficina y les enseñó el ordenanza, como si fuese una lección de griego. El asombro de Warren se pintó en todos los rostros.

—Es extraño...—aseguró el cajero.

—Es muy raro...—confesó el contable.

—Es la primera vez que la goma de la oficina pega—declaró un escribiente.

—¿Se han convencido ustedes—exclamó el ordenanza—de que yo tenía razón?

—En fin—concluyó Warren—, nos hemos equivocado.

Y tiró del frasco, pero el frasco no se despega; tiraron todos; tiraron también los otros ordenanzas y los botones. Por último, despegaron el frasco y se cayeron todos al suelo. Alguien intentó levantarse rápidamente y no lo consiguió. En seguida se pudo observar que nadie podía separarse del grupo. La goma les había unido como si fuesen hermanos. Las nueve personas que componían el con-

glomerado permanecían pegadas unas a otras estrechamente.

Se hicieron heroicos esfuerzos, a la voz de ¡una! para lograr la posición vertical. Por fin todos pudieron levantarse, pero quedaron inmóviles en el centro de la habitación. El primitivo ordenanza, que intentó auxiliarles, se pegó a ellos igualmente.

Entonces entró un visitante. Era un hombre de unos treinta años, muy elegante. Se detuvo en la puerta extrañado.

—¿Qué ocurre aquí?

Warren y los suyos intentaron disimular.

—Estamos de broma—explicó Roberto.

—¿De broma?

—Sí. Todos los días 15 del mes, para festejar la baja de las tarifas ferroviarias, jugamos a formar grupos escultóricos. En mi niñez, yo hacía cuadros plásticos, y les he enseñado esa habilidad a mis subordinados.

Pero el visitante no se dejó engañar.

—Ustedes están pegados con goma—dijo.

—Es tristemente cierto—gimió Warren.

—Ustedes no se pueden mover.

—Nos es imposible—musitó mistress Gish.

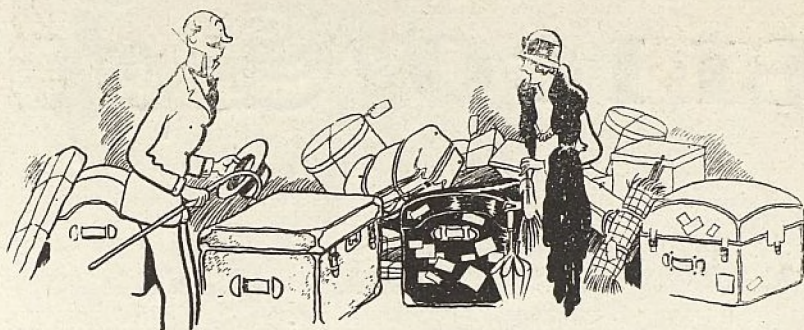
—Pues bien—resumió el visitante—, un ciudadano americano debe aprovechar la ocasión. Es la enseñanza de Lincoln y de Washington. Con el permiso de ustedes...

Se fué y volvió a escape con doce frascos de goma que había cogido en las demás dependencias de la oficina; vertió todos los frascos sobre el grupo, hasta que éste quedó cubierto por una manla de goma cristalina.

Luego echó en su cartera los 12.000 dólares que contenía la caja del Círculo Gramofónico, y tomó en marcha un autobús del Broadway.

P. P. y W.

¿POR QUÉ ES ESTO?



¿Cómo es que las mujeres viajan con tanto equipaje para ir a las playas, cuando jamás llevan...



... más que esto...



... o esto?

(De The Passing Show, Londres.)

CAÑAS



INVENTO MARAVILLOSO

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA» no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 82, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones

CASAS REALES 10
SANTIAGO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Salió un velero del puerto de Gijón, y cuando ya estaba a cierta distancia preguntó desde tierra un amigo al patrón del barco:

—¿A dónde vas, chacho?

El patrón, para evitarse la molestia de dar voces, señaló al cielo con el dedo índice, pero el amigo no entendió lo que quería decir e insistió en preguntarle a dónde iba.

Volvió el patrón a poner el dedo hacia arriba y de repente el amigo lo comprendió todo, adivinando el puerto de destino. ¡Su amigo iba a Riba-deo!...

Pilín.—Gijón.

—Hoy no cuenten con migo para eso, porque me he dejado la chistera en casa.

Manitas.—Pa'lma de Mallorca.

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Un señor apellidado Carrillo, al hacer un pequeño esfuerzo tubo la desgracia de hacerse un «siete» en la parte más carnosa de su cuerpo. Al momento se tropezó con una señora conocida suya la cual exclamó:

—¡Caramba, señor Carrillo, qué encuentro! Y a propósito. ¿Me quiere usted acompañar?

—Señora... lo siento muchísimo pero me es imposible, voy a casa a mudarme de pantalón, me he hecho un «siete» y por eso llevo el sombrero tapándolo.

—¿Pero tan grande es?

—Señora, ¡como que me pilla todo el apellido!... ¡Figúrese usted!

Antonio Quintana.—Melilla.

**EMBROCACIÓN
HÉRCULES**
que es un
LINIMENTO

Blanco suave. Blanquea la piel.

Cura golpes, contusiones, forceduras, etc. etc. y es preferido por todos los deportistas

Venta E. Durán.—Gallosa. Borrell, en Madrid.

Juan Martín, Madrid-Barcelona
Bilbao-Murcia
Valencia.

Sevilla. José Marín Galán.
Autor: G. Fernández de Mata.
La Bañeza. (León).

Entre amigos.

—Oye, Manolo, yo creo que no está lejano el día en que los «ases» del fútbol desempeñen un gran pa-

pel en las grandes guerras, pues una vez fabricadas bombas a propósito, y esto no me parece difícil, nadie como esos «ases» para colarlas en ciertos sitios difíciles.

—Hombre, sí; pero eso no llegará a ser nunca, por la sencilla razón de que todos los «ases» del fútbol son internacionales.

Ramón González.

En el colegio.

El profesor.—A ver, Pérez, en la oración «Yo afo al perro» ¿cuál es el sujeto?

Pérez (sin vacilar).—¡El perro!..

Enrique Fábregas.

En un comercio.

El principal.—¡Pero hombre!, cuando tiene que devolver dinero a un cliente, se hace usted un verdadero lío y cobra de menos.

El dependiente.—Es cierto; siempre que doy vueltas, no sé lo que hago, porque me mareo.

Pedro Soria.—Madrid.

El comisario.—¿Por qué corría usted cuando lo detuvieron los guardias?

El acusado.—Porque mi suegra había sido atropellada por un tranvía, y yo iba a comunicar a mi esposa tan grata noticia.

Quinto Rechupete.—Cádiz.

Varios colmos:

—¿Cuál es el colmo de un chófer?
—Conducir un auto de fe.

—¿Y el de un artista de cine?
—Recibir un susto e impresionarse.

—¿Y el de un cura?
—L'amarse padre y no tener hijos reconocidos

—¿Y el de un consignatario de vapores?
—Perder el conocimiento,

K. Ch. T.—Málaga.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

VAJILLAS CRISTALERÍA

Aparatos para luz eléctrica



SANZ

Gran surtido en artículos para regalos

Espos y Mina, 40 (esquina a la Plaza del Angel) MADRID

—¿En qué se parecen el cuplé «El gitano» al aguardiente?

—En que *que ma-lá entraña*.

El clavileño.—Granada.

En la escuela.

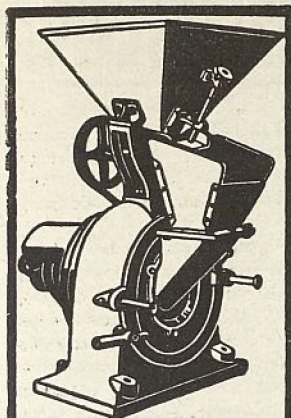
El profesor (después de haber explicado varias veces los Mandamientos de la Ley de Dios, preguntó a uno de los alumnos).—¿Cuál es el séptimo Mandamiento?

El alumno.—No erutar.

Don Esdrújolo.
San Fernando.

Hablado en un corro de amigos del concurso de chistes de BUEN HUMOR, y proponiéndose por varios de los circunstantes que cada uno de los reunidos hiciera un chiste para ser llevado al concurso, contestó uno de los oyentes, que vestía sombrero de paja:

Había llegado a la estación de Calatayud el correo Madrid-Barcelona. Asomado a una ventanilla curioseaba un baturro. Pero llegada



MOLINOS
de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.
Pídase catálogo
MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

ta hora el jefe pita la salida, sin darse cuenta que en el momento de partir está mirando al baturro. Mas

éste, que ha tomado la pítada como una burla hacia él, enarbola un grueso garrote que lleva en la diestra y dirigiéndose al jefe con tono descompuesto le dice:

—Oiga señorito. Es usted un sinvergüenza. Más valía que chiflara usted al maquinista en vez de chiflarme a mí.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza

El Papa en una Encíclica prescribió el uso del Licor Polo de Orive, pues cree que cuando rezan los creyentes deben mostrar a Dios limpios los dientes

Una vez salió un ceza'or de caza y después de andar todo el día, solo pudo matar una grulla, llegó a su casa y le encargó a su cocinero se la sirviese asada.

El cocinero no pudiendo resistir la tentación comióse una pata. En seguida el cazador lo mandó llamar a su presencia, preguntándole donde estaba la pata que le faltaba, el cocinero para disculparse le dijo que las grullas solo tenían una pata

y que estaba dispuesto a demostrárselo.

El cazador asombrado después de una larga discusión le dijo:

—Puesto que te empeñas mañana vendrás conmigo y verás como tienen dos patas.

Efectivamente al día siguiente fueron de caza y llegado el medio día tuvieron la suerte de ver unas cuantas de ellas que extenuadas por el calor tenían una pata escondida entre las plumas, el cocinero fue el primero en darse cuenta y le dijo a su amo:

—¿Ve usted como tenía razón? Solo tienen una pata.

Y el cazador respondió:

—¿Con que una pata, verdad? ¡Ahora verás!

Y sacando el pañuelo, empezó a moverlo con fuerza para que se fuesen, al momento remontaron el vuelo y las grullas sacaron la otra pata.

—Hay que purgarte, Rufino.
—No quiero purgarme abuela porque me da asco el ricino, trae jarabe de ciruela
«Prun!» que es de lo más fino.

—¿Te convences ahora como tienen dos patas?

Y entonces el cocinero sonriendo se le dijo a su amo:

—Mi señor, si usted anoche cuando estaba en la mesa hubiese sacado el peñue'o también la grulla hubiese sacado la otra pata que la faltaba.

El único.—Zaragoza.

Estaba en cierta ocasión leyendo el buen Muñoz Seca un juguete o juguetón, no sé si en Pinto o Ateca, cuando al llegar al final, y de refir todos hartos, dijo uno: «¡Esto da cuartos!» Y otro: «¡Daré un dineral!» Y un tercero: «¡Qué gracioso!» ¡Quien escribe de este modo ya puede estar orgulloso, que el reír lo vale todo!» Pues no, señor, no hay nada de esto —dijo, haciéndose el bábica un tal Pérez— «muy modesto es quien se firma M. Seca».

Tele.—Madrid.

CUPÓN

correspondiente al núm. 239 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar.
existan siempre en
la marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer los arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Crichton. Paseo de la Castellana.—Habíamos pensado mandarle a paseo, pero, reflexionando que ya está usted en uno de los más concurridos, sólo hemos resuelto exigir enérgicamente que continúe usted en él hasta que nosotros tengamos la amabilidad de avisarle.

Longo y Longinos. Cádiz.
Amigos Longo y Longinos:
son ustedes dos cochinos.

C. B. A. Madrid.—Tiene usted la original idea de comenzar sus estrofas de esta forma:

«Sal a tu ventana, Inés...»

Y al acabar la composición, resulta que Inés no ha salido todavía, ni lleva trazas de asomar la galta en un quinquenio.

Lo que dirá ella: para ver a un escápido de esa naturaleza, ¡qué necesidad tengo de molestarme en abrir las vidrieras y de exponerme a coger un catarrazo, con el fresco que hace esta noche!

Y creemos que Inés, diciéndolo esto, y haciendo lo otro, hace perfectamente.

P. T. L. Cuenca.—Nosotros no hemos dudado nunca de que Cuenca existiera, y además no nos molesta que exista. El que nos molesta que exista es usted... Como que si nos hubieran pedido permiso para que naciese un gachó de sus condiciones literarias, lo habríamos negado categóricamente. Conste, pues, que usted vive porque nosotros no lo hemos podido evitar.

Pedro Botas. Madrid.
Distiguido Pedro Botas:
eres un pobre berzotas.

C. P. T. Almería.—No tiene usted ni un átomo de derecho para chincharnos de esa manera tan desahogada, tan persistente, tan contumaz y tan escandalosa. ¿Por qué, en lugar de escribir cosas tan punibles, no se dedica usted a bailar el charlestón por las vías públicas? ¡Haría usted mucha más gracia que con las cuartillas, créanos usted!

Manín. Gijón.—No está en nuestras manos el evitar que haya burros como usted, pero sí lo está el no consentir que larguen robuznos en nuestras columnas. De manera es que puede usted irse a rebuznar a otra parte, en la seguridad de que lo veremos y hasta lo escucharemos con profunda simpatía.

R. M. N. Madrid.—¡Qué horror, amigo mío!... ¡Hay que ver con qué verismo y con qué lujo de detalles relata usted el doble suicidio de esos dos pobres amantes!... Y lo más conmovedor reside en los versos finales.

Son enormes, sencillamente:
«¡Ah!... Javier no estaba loco...
Y Natividad tampoco...»

Bueno, y nosotros tampoco, y una de las pruebas de que no lo estamos es que no publicaremos esa sangrienta historia, lo mande quien lo mande.

¡Razonables que somos, y nada más!

Docker. Sevilla.—Su tristísima lamentación se titula ¡Era ella!.

Ahora bien, después de leída es cuando va a ser ella, porque la vamos a hacer cisco en medio de un escándalo y de unos insultos a la salud de usted, como no tiene usted ni la más leve idea.

T. Ll. O. Madrid.—Eso que dice usted de Confucio se presta a confusiones lamentables, tales como la de que crean nuestros lectores que el gobierno chino nos tiene subvencionados para que elogemos a ese pobre hombre que, aunque no nos ha hecho ningún daño, basta que no fuese católico para que nosotros, como buenos creyentes, estilemos que era un perfecto sinvergüenza. ¡Y que la memoria de Confucio nos perdone!

B. E. L. Barcelona.—Nos parece un poco tonfallo eso de escribir un artículo para acabar diciendo únicamente la siguiente sencillez: «... y esta es la hora en que, después de haberlo leído cientos de veces en los periódicos de Madrid, todavía no sé lo que es el agua de los viajes antiguos...»

Bueno, pero ¿de verdad no lo sabe usted?

Pues no se apure. Ya que no le publiquemos su artículo (que sería un favor descomunal) vamos por lo menos a satisfacer su curiosidad.

Allá por el año 1893 salía de Madrid, de vez en cuando, un tren mixto para La Coruña. Solía llegar a La Coruña a los tres meses pero, ¡eso sí!, se detenía en todas las estaciones del trayecto, y hasta en algunos sitios que no eran estaciones cuan-

do lo solicitaba algún pasajero que tenía algo ineludible que hacer (y que no podía hacerlo en el tren porque entonces no había sitio para ello).

Tan largo recorrido, sobre todo en verano, provoca una sed rabiosa en los viajeros; y en previsión de esto, los industriales de las estaciones más populosas, tanto por hacer una obra de misericordia, como por hacer unos cuantos reales, voceaban estentóreamente a la llegada de los trenes:

—¡Aguall! ¡Aguá fresca! ¡Ahí va el aguall! ¡Quién quiere el aguall!...

Y esto, querido amigo, es lo que nosotros suponemos que es el agua de los viajes antiguos...

Si es otra cosa, que nos perdonen los sabios, y perdónenos usted también por no haberle podido ilustrar sobre tan importantísimo y transcendental asunto.

Matías. Valladolid.

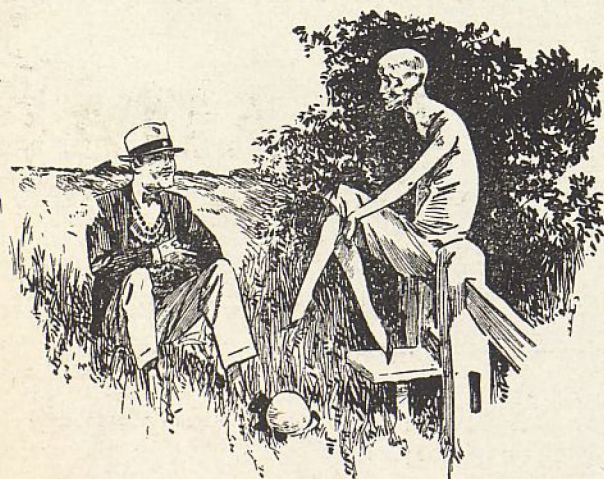
Si en vez de hacer tonterías como *El tío de mis tías*, vendieses ricos piñones, Matías, más ganarías.

¿No ves, amigo Matías, que en ridículo te pones?

G. D. de H. Compostela.—El artículo titulado *¡Oh, la Interviu!* peca de inocente. El otro está mejor tratado pero es tan breve, tan brevísimo, que no llenaríamos con él un tercio de columna. Y malo es ponerse pesados, pero esa prisa por acabar tampoco está bien en un humorista joven y no mal parecido. De todos modos, se ve que usted no es rana y que, si se fija un poco más en lo que haga, puede que llegásemos a entendernos.

Vicentius. Madrid.—No se enfade usted mucho, pero tan poco nos ha satisfecho usted del todo esta vez. ¡Está usted en desgracia, porque cuidado que tenemos interés por usted, pero no hay manera!

Sufil. Madrid.—Publicaremos dos, o quizás tres, de los dibujos que nos ha enviado.



ELLA.—Voy a vender mis besos en un bazar de caridad. ¿Crees que una libra cada uno sería demasiado?

EL.—¡Oh, no! La gente va a los bazares; lleva la seguridad de que van a ser timados.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisionales, 12.

MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. MIHURA.—Madrid.

EL AUTOR. —Pues sí, señor; en toda mi vida teatral solamente me han «meneado» dos obras.

—¡Caramba! ¿Y cuántas ha estrenado usted?

—Ahora estoy ensayando la tercera.